

orientan el pensamiento de las diversas escuelas, que presiden la formulación de las metodologías y delimitan los enfoques.

Es por ello que los distintos centros desde los que se disparan las principales conceptualizaciones, aparecen aquí globalmente considerados como mediaciones. Estimo que esta delimitación de los enfoques posibles, de sus formulaciones y de sus límites, es una tarea válida, en la medida que sitúa no sólo el estado del conocimiento, sino su dinámica: se esbozan las líneas de fuerzas, los contactos, los pasajes y las aporías. Se precisa, en suma, un espacio teórico que se dirige a la consolidación de una epistemología del saber literario.

EL AUTOR, EL TEXTO

La obra literaria no es producida solamente por su autor. Inscrito en la totalidad histórica, el autor de literatura reproduce en el espacio textual las múltiples determinaciones que obran sobre él. Su discurso brota del entrecruzamiento de discursos precedentes; su escritura se conforma modelando sectores de la vida social que ingresan al texto mediatizados por sus valoraciones, sus gustos, su problemática individual. Es, irremediablemente, «coautor en colaboración o en conflicto con la codificación comunicativa de la sociedad». El texto literario, un entramado de significaciones que al entrar en el circuito comunicativo requiere ser completado por el acto correlativo de la lectura.

Son, por otra parte, las condiciones históricas las que vehiculizan su circulación. En tanto que mercancía, la obra literaria aparece sometida a las leyes del mercado en el que se distribuye. Por lo que, vista desde una perspectiva global, la producción de la obra literaria es «sólo uno de los momentos de su historia».

LA CONTINUIDAD DIALECTICA DEL SABER

«No hay discontinuidad entre ideología y ciencia, como no la hay entre error y verdad, entre naturaleza e historia, entre estructura y superestructura.» Lo que aquí opera es el «viejo principio dialéctico de la continuidad del saber», la consideración dialéctica (Hegel) que «hace de éste una actividad, una práctica, una producción que, como realizaciones proyectivas que son, reivindican su historia, claman por su génesis, están en la Historia». No hay, pues, un saber acabado, compacto. Ni los diferentes órdenes sociales son espacios clausu-

rados, ocluidos, ni el sujeto portador de una ideología es determinado totalmente por ella, de manera ineluctable. Están las actividades y las contradicciones, la construcción de los objetos se da en tanto que se practica un saber hacia ellos y sobre ellos. Existe una actividad crítica de la ideología, existen las contradicciones, las fisuras. Y la ciencia, las diferentes tentativas científicas, no sólo se inscriben en el curso de la historia, sino que están penetradas de ideologías. No existe la ciencia como verdad inmutable ni como realidad inmanente; la razón científica debe reconocer la razón del hombre, que aparece condicionada históricamente. Los datos de la ciencia, como los de la ideología, deben ser confrontados y debatidos en relación a los datos de la realidad.

«Esquemáticamente, el arte ha sido pensado, a través de los siglos, de una manera platónica o dionisiaca, o de una manera aristotélica o apolínea.» Es por ello que las diferentes tentativas de constitución de un saber científico que explique la naturaleza del arte en general y de lo literario en particular (o, más modestamente, una taxonomía o una preceptiva), «responde a alguna de las dos tradiciones». Son estas dos corrientes—la primera, con su formulación del arrebató divino, sitúa al artista fuera de la historia y traza alrededor de la obra de arte «un círculo de indemnidad, de extraterritorialidad»; la segunda elabora el concepto de la mimesis, que supone una interpretación, una versión imitativa de la realidad y un intento de dar cuenta «racional y profanamente de la obra poética»—las que, reformuladas desde la perspectiva cognoscitiva alcanzada en cada período histórico, reaparecen nutriendo las diversas teorías.

La tentativa de estudiar la obra literaria científicamente cuaja de manera orgánica con la escuela sociológica, heredera del materialismo histórico, que recepta los aportes del psicoanálisis (se da en Alemania, Frankfurt, 1926, con Max Horkheimer y Leo Löwenthal, a los que se suman T. Adorno, H. Marcuse, W. Benjamin, E. Bloch). En Francia, las aportaciones de L. Goldmann, y en Italia, las de Galvano della Volpe (que recoge a Gramsci); en el campo de la historia del arte, las de Francastel, Argan, Panofsky, y en un plano más abarcador, extensivo al campo del arte y de la literatura conjuntamente considerados, los estudios de Arnold Hausser se inscriben en la corriente que estudia el fenómeno estético poniéndolo en relación con el todo social.

Por otra parte, la escuela formalista rusa y sus continuadores, los *new critics* ingleses y el círculo de Praga, se vuelven hacia la consideración de la realidad literaria en sí misma, prescindiendo de las determinaciones sociales. Matamoro explica que ello se debe a

una «ilusión de corte positivista», que sustrae al arte de la historia constituyendo con él una especie de «serie autónoma» y que consiste en hacernos creer que cuando estamos frente al texto no nos enfrentamos sino con «el ser del lenguaje»: «... la inocencia de la aproximación formalista es, pues, ilusoria, y genera un falso objeto teórico de investigación: la literatura en sí misma». Tal vez es necesario recordar que, pese a la especialización que podamos lograr con nuestras continuas y profundas calas en los campos del saber, si nos interesamos por la literatura y procuramos su «desciframiento» es porque «necesitamos tener, a nuestra vez, historia». Y que hasta el gusto que permite el goce de la palabra en tanto que sonido, de la imagen acabada, del ajuste de un estilo, es un gesto que tiene historia.

En todo caso, siempre será criticable la «buscada dificultad de lectura», la deliberada opacidad de los textos que «... parece tender a maquillar una audaz confusión de vertientes, última expresión, quizá, de la muy francesa tradición del eclecticismo...». Resulta útil, entonces, poner en claro lo que quiere ocultar, establecer cuáles son los «demonios» y las «divinidades escondidas» de Derrida, Althusser, Sollers, Kristeva, Barthes, Foucault. Puede que lo que se descubra «en este mundo estructuralista, dominado por la categoría positivista comtiana de la discontinuidad, de la ruptura, de las estructuras descentradas», arroje un saldo pobre, «... un hiato insalvable entre la práctica del saber y la práctica del producir escritura».

En lo que respecta a la lingüística, cabe decir otro tanto. El influjo del positivismo lógico lleva a privilegiar el lenguaje, al que se pretende elevar a la categoría de creador de realidad objetiva (lo que implica una concepción escatológica del lenguaje). No solamente se enfatiza aquí que «el lenguaje, por sí mismo, no elabora la realidad», sino que, por el contrario, la relación lenguaje/espacio social es verdadera: «... esta interacción (el lenguaje tratando de dar cuenta de la realidad, a la vez que interviniendo en su constitución) es fundamental para encarar una epistemología de las ciencias sociales». Dicho de otro modo, se niega la existencia de «especificidades» configuradoras de objetos teóricos incomunicados, que no guardan relación entre sí. Todo lo contrario, se sostiene la interdependencia de los distintos espacios teóricos y, por lo tanto, de las diferentes disciplinas del saber. Es oportuno recordar a Saussure, para quien «... el objeto de la lingüística no se da puro en ninguna parte». La legalidad que rige a estos espacios no reside en los espacios mismos, recortados, sino en la historia, que es la que en última instancia los rige «... más allá de las fronteras individuales de cada uno de

ellos». Por lo que el recorte es lícito siempre que la construcción del objeto teórico no pretenda ser erigida en realidad absoluta. Puesto que «... lo válido es el enfoque dialéctico que nunca pierde de vista la totalidad dentro de la cual, necesariamente, opera».

LA HERMENEUTICA PSICOANALITICA

En lo que va de siglo, el psicoanálisis ha signado buena parte de la producción literaria occidental. Por otra parte, la literatura se torna sintomática cuando se la convierte en «documento privilegiado» del psicoanalista. En efecto, ya Freud procedió al análisis del «sujeto-autor»: son conocidos sus exámenes de Goethe, Descartes, Leonardo da Vinci, Dostoievski, entre otros. Con menor detenimiento se analizan personajes (Matamoro recuerda a Hamlet), y existe también un análisis más abstracto, que recaba en ciertos principios o códigos culturales registrados en la ficción. Es decir, que el psicoanálisis cuenta con una serie de «protocolos» cuyo estudio sea quizá «... tan importante como el de los casos clínicos empíricos».

Es que además de la aplicación original del psicoanálisis—la cura— existe la posibilidad de su aplicación derivada o hermenéutica de situaciones no terapéuticas. Y esto es lo que nos interesa, la aplicación de sus descubrimientos al campo de la vida social, en la que se inscribe el objeto literario. En este sentido nos resultan de gran utilidad la teoría de la sublimación, la concepción del arte como realidad sustitutiva («pérdida de realidad»), el papel de la fantasía y los mecanismos del sueño, etc. Sin embargo, es admisible que se objete su aplicación a «... situaciones no mórbidas, como el caso de los textos literarios, objeto de censuras y de manejos conscientes, institucionalizados por la sociedad sana y normal, a través de los códigos retóricos». Pero si se piensa en lo normal y en lo patológico como espacios continuos, la hermenéutica procede en situaciones no mórbidas «... como son los protocolos tomados de las fábulas, mitos, sagas, tesoros folklóricos y chistes».

Y así nos topamos con la posibilidad de efectuar, entonces, una lectura abierta de los textos de la escuela psicoanalítica: si «... el psicoanálisis es una ciencia, cuyo objeto es el aparato psíquico», y si «... no se acude a una atomización del campo científico relativo a la práctica humana (la Historia), el psicoanálisis puede integrarse sin esfuerzo con ella, como disciplina que estudia la conformación de los sujetos en determinadas condiciones históricas, por medio de ciertos mecanismos particulares de represión, sublimación y censura».